

El latín en Europa

Pablo Toribio y Cristina Tur



Índice

INTRODUCCIÓN 5

CAPÍTULO 1. La doble historia del latín 13

CAPÍTULO 2. El latín en la Europa medieval 34

CAPÍTULO 3. Auge y caída del latín en Europa 55

CAPÍTULO 4. Perspectivas actuales 89

BIBLIOGRAFÍA 103

Introducción

La relación del latín con Europa es profunda y duradera. Como resultado de una trayectoria de más de dos mil años, el latín ha llegado a ser una lengua al mismo tiempo familiar y extraña para una gran cantidad de europeos. Es una lengua familiar para quienes, desde Cádiz hasta Tallin, desde Dubrovnik hasta Cork se encuentran cotidianamente con inscripciones en latín en iglesias y en lugares públicos, con lemas en latín en los escudos de sus ciudades y universidades, y con nombres que quieren sonar a latín en comercios, compañías aseguradoras y botellas de vino. Para quienes hablamos lenguas romances, la familiaridad del latín se extiende a la forma de sus palabras, que a menudo adivinamos emparentadas con las nuestras. Pero al mismo tiempo, para todas estas personas, hablantes o no de lenguas romances, el latín es una lengua extraña, porque de entre ellas se encontrará porcentualmente a muy pocas que puedan desentrañar el significado de un texto escrito en ese idioma, y también, porque incluso las pocas que sí pueden han tenido que aprender latín con el mismo esfuerzo con el que se aprende una lengua extranjera, o incluso más, puesto que no existe una comunidad de hablantes nativos.

Antes de esbozar cómo abordaremos en este libro la presencia del latín en Europa, apuntaremos algunas consideraciones sobre los límites espaciales y temporales de nuestro tema.

Límites geográficos

En la Antigüedad, el latín llegó a extenderse, de la mano del Imperio romano, por buena parte de Europa, por el norte de África y, en una medida considerablemente menor, por Oriente Próximo. Sin embargo, en la Edad Media el latín quedó circunscrito a Europa y más en concreto a los territorios de Europa cuyos gobernantes suscribían o acabaron por suscribir la religión de la Iglesia de Roma. Este territorio comenzó siendo una porción de la mitad occidental del Imperio romano tal y como había quedado configurado en el siglo IV; a lo largo de la Edad Media, esta área fue extendiéndose hacia el norte, hasta llegar a Escandinavia y los actuales países bálticos, hacia el sur hasta restablecerse en territorios que antes de las conquistas árabes habían formado parte del Imperio romano (como Sicilia y la totalidad de la península ibérica), y hacia el este hasta llegar a lo que hoy es aproximadamente Polonia, Eslovaquia y Hungría. A ese espacio europeo de fronteras movedizas y cambiantes con el tiempo nos referiremos en este libro como “Europa latina”.

La complejidad cultural alcanzada por el concepto de *Europa* a lo largo de la historia nos obliga a incidir aquí sobre su carácter difuso. En los textos latinos medievales, la propia palabra *Europa* no es demasiado frecuente y cuando aparece, salvo en las excepciones que consideraremos en su momento, tiene el sentido geográfico heredado de la Antigüedad: es decir, un continente con aproximadamente los mismos límites al oeste, norte y sur que en la actualidad, pero no en el este, donde los geógrafos antiguos habían establecido el límite en el río Don, que desemboca en el mar de Azov. Este límite geográfico se mantuvo a lo largo de toda la Edad Moderna. Ahora bien, dado que el Don nace a más de 200 kilómetros al sur de Moscú (los antiguos griegos y romanos desconocían dónde nacía este río), todo el territorio situado al norte quedaba en la indefinición geográfica entre Europa y Asia.

Tradicionalmente se ha considerado que el discurso de Europa, es decir, aquel que habla del continente europeo en

clave cultural y política, comenzó con plenitud en el siglo XVIII; recientemente, la profesora Isabella Walser-Bürgler ha mostrado que podemos situar el comienzo de ese discurso en el Renacimiento y en textos escritos en latín. La caída de Bizancio o Constantinopla (1453), capital del Imperio bizantino, y el avance del Imperio otomano desempeñaron un papel catalizador en el inicio de este discurso, con textos tempranos tan significativos como el tratado *De Europa* (1458) de Enea Silvio Piccolomini (1405-1464), papa Pío II desde ese mismo año, o *De Europae dissidiis et bello Turcico* (“sobre las desavenencias de Europa y la guerra del turco”, 1526), del humanista Juan Luis Vives (1493-1540). Se vuelve común presentar a Europa como un conjunto de naciones cristianas que deberían superar sus desacuerdos y unirse en contra del enemigo común. Con el tiempo se abre camino, también en textos en latín producidos en la Europa latina, la idea de un equilibrio de poder entre los Estados europeos. Muy excepcionalmente, como en el caso del *Icon animorum* (“espejo de ánimos”, 1614) del poeta franco-escocés John Barclay (1582-1621), esta idea de Europa como conjunto de países concordes incluye a Turquía y Rusia, por lo general considerados periferia bárbara, así como a los judíos, presentes en todo el territorio europeo. Los desarrollos del discurso de Europa posteriores a la Edad Moderna quedan muy lejos de nuestros objetivos, aunque podemos señalar que la persistente diversidad cultural del continente queda reconocida en la actualidad en el lema de la Unión Europea, “unida en la diversidad”.

El modelo cultural de la Europa latina se expandió a través de sus proyecciones coloniales en América y Asia, y con él el uso del latín en contextos semejantes a los que se usaba en las metrópolis. Las universidades creadas en la América española desde el siglo XVI y más tarde por los colonizadores protestantes en América del Norte propiciaron allí el uso académico de la lengua latina en las mismas o muy parecidas condiciones que en el continente europeo. Por su parte, la Iglesia católica, y muy en especial las misiones de la Compañía